

Laure Dominique Agniel

Alexandra David-Neel

Exploradora y feminista



PENÍNSULA HUELLAS



David-L
ploradora y fem

Alexandra David-Neel
Laure Dominique Agniel

Exploradora y feminista

Traducción de Rosa Alapont

ediciones península

Título original: *Alexandra David-Neel*

© Éditions Tallandier, 2018

This edition published by arrangement with Éditions Tallandier in conjunction
with their duly appointed agents L'Autre agence, Paris, France
and The Ella Sher Literary Agency

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.
Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2020

© de la traducción del inglés, Rosa Alapont Calderaro, 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionспенinsula@planeta.es
www.edicionспенinsula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B-XXXX-XXXX
ISBN: 978-84-9942-870-3

ÍNDICE

Introducción	11
Capítulo I. Louise David (1868-1892)	15
Capítulo II. Alexandra Myrial (1892-1904)	45
Capítulo III. Señora Neel (1904-1911)	59
Capítulo IV. Yishé Tön-Me, la lámpara de sabiduría (1911-1925)	85
Capítulo V. Alexandra David-Neel (1925-1969)	173
Notas	203
Fuentes bibliográficas	211

Capítulo I

LOUISE DAVID

1868-1892

PARÍS, 1873

Arces blancos, cedros azules, castaños. El bosque de Vincennes. Una niña pequeña da saltitos de un árbol a otro. ¿Qué hay detrás de este? ¿Y de ese otro? Qué bonitos son. La chiquilla gira alrededor de los abedules y los arces, se esconde, echa a correr entre risas. «¡Louise! ¡Vuelve aquí! ¡Louise, para de una vez!» La institutriz intenta alcanzar a la pequeña, pero el largo ropaje la entorpece y acaba por tropezar en una raíz. La niña ha desaparecido. Tiene cinco años y corre que se las pela, embriagada por la experiencia de la libertad. El cabello, lindamente trenzado alrededor de la cabeza, se le deshace poco a poco, el vestido se desgarró en los matorrales, pero ella corre sin detenerse. En el fondo, qué fácil es ser libre.

Ochenta años más tarde, en 1954, Alexandra David-Neel relatará este episodio a un periodista que ha acudido a entrevistarla: «¡Me escapé! También me escapaba en Turena cuando iba a casa de mi abuela y, más adelante, cuando mis padres pasaban las vacaciones en Ostende...». La anciana insiste mucho en esa expresión, «¡Me escapé!», que repite varias veces con vehemencia: «¡Siempre me escapaba!»». ¿Cómo no ver en

ese grito la urgencia de escapar, pero también de salvar la piel: defenderse, curarse, liberarse, soltarse?

Los adultos dicen en ocasiones a los niños: «¡No vayas allí, hay un animal enorme!». Algunos niños, atemorizados, se cuidan mucho de acercarse al lugar prohibido. No obstante, siempre hay pequeños intrépidos que se apresuran a responder: «¿Hay un animal enorme? ¡Quiero verlo!». Sin duda, la pequeña Louise David formaba parte de estos últimos.

Las piernas apenas me sostenían cuando empezaron mis escapadas. El decorado que las rodea me aparece en lo más recóndito de la memoria, como la verja de una puerta de jardín por delante de la cual pasaba una carretera. Franquear esa verja e intentar unos pasos por la carretera, a eso se limitaba el viaje, pero debía de obtener gran placer con ello, porque me contaron que lo repetía sin cesar pese a las reprimendas que me soltaban. El jardín era extenso; allí habría podido desarrollar ampliamente la actividad propia de mi personita, pero *el más allá* ya me fascinaba.¹

Alexandra David-Neel buscará ese «más allá» durante toda su existencia. Sobre todo, no vivir la de sus padres, puritana y austera, no renunciar a los sueños de su solitaria infancia. En la correspondencia con su marido, evoca en varias ocasiones aquellos años que forjaron su temperamento rebelde.

DECEPCIÓN: ¡ES UNA NIÑA!

Louise David. Alexandra David-Neel jamás utilizará su nombre de soltera. Y, sin embargo, ese fue el nombre de pila que eligieron sus padres, Louis y Alexandrine David, que reciben a aquel bebé con sorpresa tras catorce años de matrimonio. Louise Eugénie Alexandrine Marie David nace el 24 de octubre de 1868 en Saint-Mandé. Su madre, Alexandrine Borkmann,

de nacionalidad belga, ferviente católica, tenía ya treinta y seis años. Soñaba con un chico que se hiciera sacerdote y, por qué no, que llegara a obispo. Nunca dejó de repetir a la pequeña Louise su decepción por haber tenido una hija, que se transformó «en rencor y maldad contra la niña, tan ajena a su desengaño». Alexandra escribirá más tarde a su marido: «Todo en mí le desagrade, al igual que todo en mi padre le desagradaba. ¡Me parezco tanto a él!... Soy la hija del hombre al que no amó, soy solo hija de él, pese a la sangre con que me hizo y la leche con que me alimentó. Soy un parásito que creció en ella, mira, algo así como una tenia».²

¿Qué puede haber peor para un niño que sentirse no deseado y poco querido? Y, sin embargo, la chiquilla de la foto posee gran encanto, con su bonito vestido de mangas de encaje y el cabello trenzado alrededor de la despejada frente. En la mano derecha sujeta con descuido una muñeca, que deja colgar a lo largo del vestido como un trapo; apoya el brazo izquierdo en un sillón de terciopelo, con el codo doblado y la mano en la barbilla. No mira al fotógrafo, sus ojos oscuros se clavan en un punto lejano, los labios apretados expresan un temperamento obstinado pese a la redondeada carita infantil. Nunca le gustará su rostro, en el que ve un parecido excesivo con el de su madre; habría preferido tener los rasgos demacrados de su padre: «Mi pobre papá, la persona a la que más he querido en el mundo [...]. Un hombre encantador, un conversador brillante, erudito, de la buena raza de los viejos normalistas [...]. Soy hasta tal punto su hija, hija solo de él, y odio tanto en mí cuanto pueda haberme sido transmitido por la herencia materna...».³

La niña encuentra consuelo al lado de su padre, Louis David, pero este es un hombre absorbido por sus luchas políticas. Tiene cincuenta y tres años cuando ella viene al mundo. Protestante, de naturaleza pesimista y que no se hace ilusiones respecto

de la naturaleza humana, se esfuerza por dar una educación rigorista a su hija, a imagen del calvinista que es. Exprofesor en Turena, se convierte en periodista y se asocia al movimiento de los intelectuales en favor de la República, que desembocará en la revolución de 1848. Pocos meses después, en diciembre de 1848, el sobrino de Napoleón, Luis Napoleón Bonaparte, es elegido presidente de la Segunda República por sufragio «universal», donde solo los hombres votan. Socialista y francmasón, Louis David se implica cada vez más en la vida política como periodista, y denuncia las maniobras de Luis Napoleón para captar en su provecho la herencia de la revolución popular de 1848. En efecto, tres años más tarde, el 2 de diciembre de 1851, este fomenta un golpe de Estado que pone fin a la república y restaura el imperio. Como numerosos intelectuales, entre ellos Victor Hugo, Louis David denuncia las ambiciones de Napoleón III, al que el escritor denominará «el pequeño Napoleón». Al igual que Victor Hugo, Louis David es exiliado por orden del nuevo emperador, y ambos se rencuentran en Bruselas. Hugo se marchará a Jersey, y de ahí a Guernesey, mientras que Louis David se instala en Lovaina. Ahí es donde conoce a Alexandrine Borkmann, la madre de Alexandra.

Tras beneficiarse de la amnistía de Napoleón III, Louis David regresa a París en 1859 con su joven esposa, Alexandrine; Victor Hugo, por su parte, al no aceptar la amnistía, no volverá a Francia hasta 1870. Louis David y Victor Hugo seguirán siendo amigos toda la vida, y Alexandra disfrutará contando que de niña jugaba en las rodillas del gran escritor.

TIEMPO DE TRAGEDIAS

Alexandrine y Louis David se instalan en Saint-Mandé, a las puertas de París, en un piso situado en el número 7 del paseo de Vincennes. Poco después del nacimiento de la pequeña

Louise, trágicos acontecimientos trastornan el ambiente familiar: en primer lugar, la guerra de 1870, que Francia perdió frente a la Prusia de Bismarck y que supondrá uno de los elementos desencadenantes de la insurrección popular conocida como la Comuna de París, en 1871: setenta y dos días durante los cuales el pueblo de París planta cara al Gobierno conservador de Adolphe Thiers, refugiado en Versalles. Setenta y dos días de utopía: el Consejo de la Comuna legisla a diestro y siniestro para mejorar la condición de los proletarios; requisita los talleres abandonados por sus propietarios, que han huido de París, crea cooperativas obreras, limita la jornada de trabajo a diez horas, promete la igualdad de salarios entre hombres y mujeres, concede la nacionalidad a extranjeros que trabajan en París, etcétera. Setenta y dos días que acaban en un baño de sangre. Thiers envía al ejército a meter en cintura a los insurgentes, la represión es despiadada: más de siete mil rebeldes son salvajemente fusilados y arrojados a diversas fosas comunes, una de ellas en el cementerio de Père-Lachaise.

Ahí es adonde Louis David se dirige con la pequeña Louise el 28 de mayo. La multitud se apiña. Ceden el paso a aquel anciano caballero porque lleva en brazos a una niña. Consigue llegar a primera fila, al borde de la fosa, y puede ver distintamente los jovencísimos rostros de aquellos revolucionarios que soñaban con cambiar la vida de los pobres, de los obreros, de las mujeres.

La pequeña Louise tiembla en brazos de su padre. Contempla aquellos ojos llenos de espanto todavía abiertos, los cuerpos sin vida tendidos uno al lado del otro, a algunos de los cuales han envuelto en una sábana y luego arrojado a un profundo hoyo. En Benarés, cuarenta años más tarde, recuerda aquella escena, que marcó para siempre a la niña que era:

Ayer, al escribir una fecha, de repente caí en la cuenta de que era 18 de marzo,⁺ el aniversario de la Comuna, el día del peregrinaje de los federados. ¿Te he contado alguna vez que estuve

en el muro de los Federados después del fusilamiento, cuando amontonaban de prisa y corriendo los cadáveres en las zanjas excavadas a tal efecto?... Conservo una especie de visión difusa de aquello. Por entonces tenía dos años y medio [...]. Te preguntarás quién me había llevado allí. Fue mi padre, el cual deseaba que, dentro de lo posible, guardase un recuerdo impresionante de la ferocidad humana. ¡Oh, Dios! ¡Cuántas veces he visto poner en práctica desde entonces la ferocidad humana, aunque no fuese bajo aspectos tan teatralmente trágicos!⁵

La madre no interviene en esta educación política. Se preocupa sobre todo por enseñar higiene y buenos modales a su hija. El 26 de enero de 1873, llega un segundo hijo al hogar familiar: esta vez es un niño, al que ponen el nombre de Louis Jules. La madre se muestra exultante. El varón tan esperado, al que desea convertir en obispo, supone un regalo del cielo, se dice. Sin embargo, el bebé muere el 23 de junio de 1873. Louise, al enterarse del fallecimiento de su hermano, exclama gozosa: «¡De nuevo todo será para mí!». Reacción comprensible en una niña de cuatro años, pero la madre guardará siempre rencor a esa hija de salud a toda prueba, mientras que el ansiado niño acaba de morir. La pequeña Louise pierde a su hermano y, sobre todo, a su madre, que se sume en la depresión. La desdicha de la mujer se transforma en odio al mundo y odio a su hija, cuya vivacidad supone un insulto para el niño muerto.

Es ahí donde nace el enorme agujero que Alexandra intentará colmar toda su vida: el vacío de amor, el reproche materno, tal vez el sentimiento de culpa de no haber muerto en lugar de su hermano para que su madre no sufriera tanto. Nadie podrá consolarla, ni retenerla.

El dolor transforma a Alexandrine Borkmann en una matrona de mirada apagada y rostro abotagado, cuya redondez se ve acentuada por el cabello negro dividido con una raya

en medio y estirado en sendos mechones a ambos lados de la frente. Ya no es sino frialdad e indiferencia. La alegría de la chiquilla ofende a la aflicción de la madre. Louise todavía no ha cumplido cinco años. No lo entiende todo. Sin embargo, tiene claro que quiere huir de la casa de las lágrimas.

El bosque de Vincennes, al otro lado de la calle, le envía sus aromas a tierra y hierba. «¡Ven! —cantan los pájaros al oído de la pequeña—. ¡Te estamos esperando! —susurran las hojas de los árboles en la brisa primaveral.» Basta con abrir la puerta. De todos modos, nadie le presta atención, siempre está sola mientras la institutriz y el marido intentan consolar a Alexandrine. «Ni siquiera papá se ocupa ya de mí», se dice Louise.

Al otro lado de la puerta está la calle, y al extremo de la calle, el bosque. Corre, baila, ebria de libertad, y descubre lo que describirá como sus verdaderos compañeros, los árboles, las briznas de hierba, a las que la criatura cree lastimar al caminar sobre ellas, los rayos del sol, las nubes que galopan por el cielo. En todo aquello fluye la vida, la verdadera vida, y una nunca está sola si sabe percibirla y sentirla.

Atrapada por un policía que la lleva de vuelta a casa, es severamente reprendida y castigada. Por mucho que su madre le grite y su padre la sermonee, «en aquella época ya había desaprendido a llorar». ¡Qué más da! La pequeña Louise ha descubierto que detrás de los muros de la casa hay un mundo maravilloso por explorar.

BRUSELAS

Tras el fallecimiento de su hijo, Alexandrine y Louis David deciden regresar a Bélgica, con el fin de aliviar la depresión de la madre y tal vez para alejar a la pequeña Louise del bosque de Vincennes, al que escapa cada vez más a menudo. Un día incluso la encuentran bailando encima de un obús cargado,

oculto en un matorral... A partir de los seis años de edad, la pequeña parisina Louise Eugénie Alexandrine David crece en un edificio de ladrillo rojo, el número 105 de la calle Faider, en el barrio de Ixelles.

La niña llega a Bruselas «completamente erizada de desconfianza y desdén, muy decidida a pasar de aquella capital ínfima». ⁶ Su ciudad es París. La embarga una inmensa nostalgia por el guiñol de los Campos Elíseos, la plaza de la Concordia y el genio de la Bastilla:

Me esforzaba por copiar [s]u postura manteniéndome con el pie derecho posado en una bola de bolera y la pierna izquierda estirada hacia atrás, cosa que siempre me hacía caer cuan larga era. Bruselas, me decía, era pequeña; sus habitantes, que bebían un líquido amargo llamado «cerveza» y decían «septante» y «nonante» en lugar de «soixante-dix» y «quatre-vingt-dix»,* solo podían ser unos salvajes.⁷

Sus padres la matriculan en un internado protestante, como deseaba su progenitor. Al igual que todas las niñas de buena familia, allí aprende costura, dibujo y sobre todo piano, instrumento para el que la pequeña se muestra muy dotada. No tarda en sentirse dichosa entre sus compañeras, a cuyo lado olvida la frialdad de sus padres: «De pequeña creía ingenuamente, dado que me faltaban elementos comparativos, que todos los padres eran parecidos, y recuerdo el pensamiento que me venía sin cesar a la mente cuando era una chiquilla: “¿Por qué tenemos padres? ¡Qué felices seríamos si no los tuviéramos!”». En el internado se siente más dichosa que en el seno de su familia. «Alexandra despreciaba a su madre. Por un lado,

* Variantes dialectales vigentes en diversos países para los números «setenta» y «noventa», que en francés son compuestos y se traducirían literalmente como «sesenta-diez» y «cuatro-veinte-diez». (*N. de la t.*)

era estimulada por su padre, y por el otro, retenida. Siempre estuvo en vilo, durante toda su vida.»⁸

Con el tiempo, Louise, a la que sus padres llaman Nini, diminutivo de su segundo nombre de pila, Eugénie, acabará por amar Bruselas: «¡La querida vieja Bruselas de mi infancia! Cada uno de tus modestos edificios, cada una de tus calles apacibles evocan ante mis pasos el fantasma de mi yo juvenil, que sigue siéndote fiel pese a todos los años transcurridos y me devuelve con obstinación hacia ti para conmovedores peregrinajes».⁹

Hacia sus diez años sufre de anemia, lo cual aflige a su madre, para quien las niñas deben ser regordetas, con mofletes carnosos y muy sonrosados. Debido a ello, la matriculan en el convento católico de Bois Fleuri, en Ixelles, donde «cebaban a conciencia a las niñas siete veces al día por temor a que sufrieran debilidad».¹⁰

Allí, su cuerpo es copiosamente saciado —de hecho, Alexandra conservará toda su vida un notable apetito— y su espíritu, alimentado por el catecismo católico, aunque la «hereje» protestante es dispensada de asistir a la misa diaria. Esta educación «ecuménica» despierta en Alexandra la curiosidad por las creencias religiosas y la afición a los debates teológicos con su mejor amiga, una americana dos años mayor que ella:

—¿Tú entiendes algo de lo de la Trinidad, tres personas distintas que forman una sola? —pregunta la americana.

—Verás —responde Louise, ya por entonces muy pragmática—, el mismo hombre lleva diversos nombres según las distintas cosas que hace; es un paseante cuando se pasea, un viajero cuando viaja, un orador si da un discurso... Cuando Dios piensa, es el Espíritu Santo, cuando Dios habla, es el verbo, etcétera, ¿lo entiendes?

«Era deísta a mi manera y, a fin de discernir la verdad, contaba absolutamente con una revelación de Dios ante quienes, solía decir, son iguales en importancia y en insignificancia: una

hormiga y un elefante, el mayor de los sabios y una chiquilla. La chiquilla, naturalmente, era yo. Tenía doce años.»¹¹

En la adolescencia, Alexandra se interesa por todas las religiones, lee el Talmud, el Corán, la Biblia y los Evangelios. «No basta con creer en la existencia de Dios, es necesario “ser bienhechor como él, misericordioso como él, con facilidad para perdonar y lleno de amor como él”», escribe en su diario citando el Talmud. No obstante, su exaltación mística y su desmedido deseo de fe chocan con su inteligencia razonadora. «Qué no daría por tener la fe de los niños —escribe—. *God is love*. Yo no soy sino egoísmo, odio, amor a las cosas terrestres [...]. La nube que se interpone entre Adonai y yo es mi egoísmo, que, como una niebla, crece ante mis ojos y me vela su rostro.»¹²

Cuando vuelve por vacaciones a casa de sus padres, encuentra a su madre taciturna, absorta en su labor de punto junto a la lámpara de petróleo, y a su padre en la biblioteca. El silencio resulta opresivo entre esos dos adultos que no cambian una sola palabra, ningún gesto. La adolescente se refugia en los libros, en especial en la lectura de las novelas de Julio Verne. «Sus protagonistas poblaban con sus hazañas mis ensoñaciones infantiles: Phileas Fogg, Picaporte, los hijos del capitán Grant, el capitán Hatteras y otros se habían convertido en compañeros familiares para mí. Mi decisión estaba tomada... Al igual que ellos, y mejor todavía si era posible, ¡viajaría!»¹³

UNA ADOLESCENTE EXALTADA

Todos los veranos, Nini y sus padres se marchan al campo, no lejos de la capital, y ella ya sueña al observar los trenes que parten hacia Alemania, Polonia o Rusia. Se ve atravesando las inmensidades nevadas con el «brum brum» de las ruedas. De hecho, tomará el Transiberiano con casi setenta años, y serán muchos los expresos que la lleven más allá de Polonia o Rusia.

De vacaciones en Ostende, junto al mar del Norte, la adolescente redescubre las alegrías de la escapada. Para eso no necesita tren, ni siquiera bicicleta. Basta con partir a pie. Rompe la hucha, coge una pequeña mochila y se pone en marcha a lo largo de la costa belga, hasta el puerto comercial de Flesinga, en los Países Bajos, donde toma un barco a Inglaterra. ¡Lo que supone una caminata de ciento veinte kilómetros! Sus padres ignoran su fuga. Esta vez nadie la detiene. Su ausencia total de miedo le confiere una seguridad que impone. Tiene quince años, y es tan menuda que parece todavía menor. Su aplomo y su madurez le permiten cruzar todas las fronteras: en 1883 no se necesita pasaporte para viajar, tal como escribe en *La India en que viví*: «Hace poco más de cincuenta años [antes de la guerra de 1914], todo el mundo podía recorrer la tierra a su antojo [...]. Los pasaportes eran desconocidos, al igual que las múltiples vacunas a las que en la actualidad se somete a los hombres transformados en cobayas».¹⁴

La adolescente vuelve a Bélgica tras haber agotado sus ahorros. Toma la precaución de enviar un telegrama a sus padres para advertirles que está en Inglaterra y se encuentra bien. «Prefiero correr un tupido velo sobre el tormentoso recibimiento que me dispensaron. Tanto me daba. Durante unos días había gozado a mi manera del sol, la brisa marina, la energía de mi juventud y la alegría de vivir.»¹⁵

Nada detiene a la intrépida joven. Muestra la más absoluta indiferencia ante los castigos. Las privaciones no la molestan, y lo que hace felices a sus amigas no le interesa: los vestidos, las joyas, los perfumes. «Mucho antes de mis quince años ya me había ejercitado en buen número de austeridades extravagantes: ayunos y torturas corporales, cuyos métodos había extraído de las biografías de ciertos santos ascetas que había encontrado en la biblioteca de una de mis parientes.»¹⁶ La joven está convencida de que para viajar por el mundo hay que hacer del cuerpo un instrumento robusto e infalible. Esto le

resultará muy útil cuando atraviere el Himalaya, caminando a lo largo de cuatro meses en pleno invierno. Lee a los estoicos griegos, «venerados maestros de mi juventud», y se entrena en dormir en una cama de tablas, costumbre que conservará durante gran parte de su vida.

En 1885, con diecisiete años, prepara con esmero el plan de su próxima fuga estudiando los mapas: esta vez, toma un tren nocturno que la deja en Suiza al amanecer. Su objetivo: llegar a Italia atravesando el macizo de San Gotardo. Acaban de inaugurar una vía férrea que atraviesa un túnel, pero prefiere cruzar el puerto a pie. La marcha, expresión de la absoluta libertad, exalta a Alexandra, que camina sola con su largo vestido y sus botines. Bordea precipicios vertiginosos, en especial el paso del puente del Diablo, a más de dos mil metros de altitud. Con el fin de evitarse problemas —en aquella época, una joven no debía viajar sin dama de compañía—, luce una alianza matrimonial en el dedo y hace que escriban «*madame*» delante de su nombre en los registros de las posadas donde se aloja; eso cuando puede dormir a cubierto:

Era a principios de la primavera. Encontré gran cantidad de nieve, y pasé dos noches a la intemperie por no haber podido llegar a ningún pueblo. Por todo equipaje llevaba un abrigo, un bastón guarnecido de hierro y una edición de bolsillo de las máximas de Epicteto. De ese modo preludiaba las largas caminatas que más tarde habría de realizar en las montañas del Tíbet.¹⁷

La muchacha llega sin tropiezos al lago Mayor, en Italia, tras haber recorrido doscientos kilómetros. Allí se digna dar noticias a su familia, dado que no le queda dinero, y aguarda tranquilamente a su madre a la orilla del lago. Una vez más, la matrona se enfurece ante el mutismo de su hija, que la mira con absoluta indiferencia. «Como en cada una de mis anteriores extravagancias, tuvo que limitarse a unas reprimendas

que no alteraban en nada la alegría que me proporcionaban aquellos días de vida en libertad al aire libre, rodeada de parajes nuevos.»¹⁸ Ha descubierto la naturaleza, la montaña, el bosque, los caminos escarpados por los que cruzan muflones y gamos. ¡He ahí la verdadera vida! La moral convencional de la señora David ya no hace la menor mella en la adolescente salvaje que acaba de pasar semanas a solas en la embriagadora inmensidad de las cimas. Al presente está convencida: nada le impedirá vivir como le plazca.

ÉLISÉE RECLUS, EL PIGMALIÓN

Madre e hija regresan a Bruselas, donde Alexandra vuelve a sentarse al piano. Por el momento no hay otra cosa que hacer que leer e interpretar música. Se matricula en el conservatorio, en el curso de canto lírico, para el que se muestra muy dotada. Educada como una muchacha de buena familia, Alexandra es digna de ser presentada en la corte de Bélgica. Para la foto oficial, Nini posa con un largo vestido blanco con miriñaque; lleva el cabello recogido en un moño y sujeto con una cinta, algunos mechones rebeldes le enmarcan la frente. El sobrio vestido se le ciñe al cuello. Ninguna joya, a excepción de una pulsera en la muñeca izquierda. Sujeta un abanico. Erguida sin rigidez, no mira al objetivo, ni sonrío, pero su expresión no es afectada. Ni triste ni alegre; sencillamente está ahí. Presente.

Es en esa época cuando conoce a un amigo de su padre, Élisée Reclus, calvinista, republicano, socialista y francmasón como él. Ha tomado parte en la Comuna de París, es autor de numerosos libros, entre ellos la obra *Geografía universal*, que lo hará célebre. El geógrafo ha viajado por toda Europa, pero también a Estados Unidos, Brasil, Colombia, Cuba, Argentina... Élisée Reclus está vinculado con Bakunin, Proudhon, Charles Darwin. Desde la aparición de su *Geografía univer-*

sal goza de considerable fama. Ha viajado a Bruselas para dar unas conferencias en la Universidad Libre.

A una edad en que el encuentro con un adulto «iniciador» determina las opciones que se toman en la vida, Alexandra tiene la suerte de debatir con una de las mentes más brillantes de su época. Se siente cautivada por aquel hombre de cincuenta y seis años, frente despejada y mirada límpida. El geógrafo anarquista y la música apasionada por la filosofía hablan de viajes, de las Américas, de Europa, de política, de ecología, término creado en 1866 por el biólogo alemán Ernst Haeckel. Élisée Reclus es un verdadero visionario en numerosos campos:

Entre las causas que en la historia de la humanidad ya han hecho desaparecer tantas civilizaciones sucesivas, habría que contar en primer lugar la brutal violencia con que la mayoría de las naciones tratan la tierra nutricia. Talaban bosques, dejaban secar los manantiales y desbordarse los ríos, deterioraban el clima, rodeaban las ciudades de zonas pantanosas y pestilentes; más tarde, cuando la naturaleza, profanada por ellos, se les volvía hostil, la aborrecían y, no pudiendo volver de nuevo a la vida en los bosques cual haría un salvaje, se dejaban embrutecer cada vez más por el despotismo de sacerdotes y reyes.¹⁹

Al igual que su mentor, Alexandra será ecologista, vegetariana y anarquista.

La lectura de las reflexiones que anota en sus diarios revela el nacimiento de su toma de conciencia social:

Oh, hermano mío, tú que eres rico, piensa que las migajas de tus festines bastarían para varias familias, piensa que posees caballos, coches para evitar la fatiga, y que delante tienes a un desdichado que ya no dispone de zapatos que le cubran los pies [...]. Ama a los desgraciados, ámalos pese a todo, no permitas que te repelan ni la miseria, ni la estupidez, ni el vicio. Ama a aquellos que son culpables, a los que han caído. Oh, no les im-

pidas levantarse, no muestres ese desprecio que sume las almas por siempre jamás en el mal. Acógelos a todos, a los libertinos, a las muchachas perdidas, a los niños [...]. En el camino tropezarás con numerosas dificultades, lo sé; tendrás que luchar contra el egoísmo del mundo, contra la oposición de los mismos a quienes deseas el bien. Pero, qué importa, sigue adelante con fe y amor.²⁰

Cuando Élisée Reclus se encuentra en Bruselas, Alexandra acude a su casa con regularidad. Una foto, tomada en el jardín de la familia Reclus, muestra a la joven con una leve sonrisa en los labios, la mirada rebosante de picardía, los ojos chispeantes de inteligencia. Una falda negra y ceñida, que roza los botines embetunados, una blusa clara con estampado de florecillas, mangas de jamón y cuello postizo, y una chalina negra anudada en una lazada completan su atuendo. Los brazos le cuelgan a lo largo del cuerpo. Está muy delgada pero no ha crecido; para su gran desesperación, solo mide un metro cincuenta y seis.

Élisée Reclus está impresionado por la agudeza mental de la muchacha. Al igual que ella, es apasionado y exigente. Ambas almas gemelas seguirán en contacto hasta la muerte de Élisée, en 1905. Será él quien prologue la primera obra de Alexandra: *Elogio a la vida*, un manifiesto por la libertad de la mujer, la igualdad de sexos y contra la servidumbre femenina en el matrimonio y la maternidad. Alexandra quedará muy impactada por la integridad y la intransigencia intelectual del geógrafo: «¿Qué subsistiría de la existencia de todos y cada uno de nosotros si suprimiéramos las horas durante las cuales hemos fingido una mentalidad y una moralidad que no son en absoluto las nuestras? —escribe Élisée Reclus—. Estamos habituados a llevar una máscara [...]. Nos parece más distinguido ser triviales, neutrales, mediocres, someternos a las fórmulas de la virtud doméstica y el buen tono, ¡tal como nos enseñan bajo

la cúpula del Instituto de Francia!». Trivial, neutral o mediocre jamás lo será Alexandra: tal es el juramento que se hace a sí misma en los albores de su vida.

*

Ahora bien, ¿qué orientación se puede seguir a los veinte años, cuando la dimensión de los propios dones es inmensa? Durante un tiempo piensa en la medicina, pero su madre la disuade:

—No es profesión para una mujer —decreta Alexandrine—. Harías mejor en pensar en casarte.

—¡Eso jamás! ¡Nunca seré una de esas burguesas dependientes de su marido!

—Tendrás que pasar por el aro, pequeña mía, necesitarás dinero para vivir.

—¡Trabajaré, me ganaré la vida!

—¡Entonces te quedarás sola como una solterona!

—¡Sí, pero seré libre! No como tú, encadenada a tu casa, tu vajilla, tus muebles, tus sábanas bordadas y tus servilletas almidonadas bien ordenadas en el armario, ¡y que jamás se utilizan!

Madre e hija tienen esta discusión con regularidad, la primera confiando en que su vástago acabe por aceptar la realidad: en 1888, una mujer no puede vivir sola.

No obstante, Alexandra ha oído hablar de los movimientos feministas que se están organizando en Inglaterra y Francia. Conoce las luchas de Louise Michel durante la Comuna de París. Ahora bien, ¿cómo ser libre? ¿Cómo ganarse la vida? ¿Escribiendo? Sabe muy bien que en modo alguno podría vivir de eso. ¿Dando clases? Pero entonces, ¡adiós a los planes de realizar largos viajes! ¿El piano? Toca muy bien, pero todavía no ha llegado la hora de que los concertistas se suban a los es-

cenarios de todo el mundo, sobre todo si eres una mujer. Brillantes pianistas contemporáneas de Alexandra, como Marie Jaëll o Mélanie Bonis, tienen grandes dificultades para abrirse camino. ¡Mélanie hasta se ve obligada a firmar sus composiciones como Mel Bonis para ocultar su feminidad!

Afortunadamente, la señorita David tiene una bonita voz de soprano. De hecho, con veintiún años obtiene el primer premio de canto teatral francés en el Real Conservatorio de Música de Bruselas. ¡El canto! He ahí una actividad que le permitirá ganarse la vida sin dejar de viajar. En consecuencia, decide seguir trabajando la voz, por si se presenta la ocasión de actuar en público.

Entretanto, vaga por el bosque de la Cambre de Bruselas, sumida en la lectura de los filósofos griegos, alemanes y franceses. Un soleado día de primavera, mientras está sentada en un banco, hojea una revista azul claro, adornada con curiosos dibujos, que le ha enviado una amiga. En ella se habla de la Gnosis Suprema, una secta de origen oriental instalada en Londres... «Examinaba la revista posada en mi regazo y todavía me oigo exclamar a media voz: “¡Pero esta gente está loca!”. Lo estuvieran o no, el destino los había elegido para introducirme, a modo de observadora simpatizante pero lúcida, en el heterogéneo tropel de los peregrinos que navegan, sin brújula, por el peligroso mar de las fantasías y los sueños.»²¹ Para Alexandra, aquello supone una ocasión de viajar a Londres y practicar el inglés, pues tiene intención de dirigirse a la India al alcanzar la mayoría de edad. Su amiga la pone en relación con la señora Morgan, miembro de la secta, quien podrá ayudarla a conocer a los adeptos de la Gnosis Suprema. Su objetivo: crear una comunidad dedicada al estudio de diversas religiones y filosofías, en especial las orientales. Todo ello arrebató a Alexandra, tanto más cuanto que podrá disponer de alojamiento en Londres.

LONDRES, 1888

Esta vez no le resulta difícil convencer a sus padres. Tiene un excelente motivo para marcharse: perfeccionar el inglés. Toma el barco en Flesinga, un puerto holandés, para navegar hasta Inglaterra. ¿Por qué salir de Holanda? ¡Porque la travesía del mar del Norte dura más tiempo!

Allá donde me dirigiera, siempre he optado por los itinerarios más largos, porque me encanta viajar, contemplar el país [...]. Las llegadas siempre me resultan penosas, a menos que constituyan un simple alto, el preludio de una nueva partida. En lugar de la ridícula travesía de una hora, de Calais a la costa inglesa, me regalaba las siete horas de mar de que a la sazón se disfrutaba saliendo de Flesinga.²²

Como el barco sale al amanecer, reserva una habitación de hotel en la ciudad, pero no logra conciliar el sueño y se dedica a deambular a lo largo de los muelles, cruzándose con estibadores a quienes sorprende ver a una mujer tan joven paseando así, a la caída de la noche por el puerto. No experimenta el menor miedo, muy al contrario: «Me sentía de maravilla sola. Ninguno de mis conocidos sabe que estoy aquí, en este muelle holandés, y si muriese en este momento, nadie sabría quién soy —recuerda en *El sortilegio del misterio*—. ¿Pueden los éxtasis más exaltados de los místicos igualar este estado de calma infinita en que toda agitación física o mental ha desaparecido y en que la vida transcurre sin tropiezos, sin fragmentarse en sensaciones o ideas, sin otro deleite que el de la existencia?».

A bordo del barco permanece en el puente durante toda la travesía, con el rostro azotado por el viento del mar del Norte. Siente que su verdadera vida comienza en aquel instante y se regocija con la perspectiva de conocer a la «loca

especie de los adeptos de la Gnosis Suprema». ¡No quedará decepcionada!

Alexandra David-Neel dedicó un libro entero a describir a esos iluminados espiritualistas: *El sortilegio del misterio*, publicado tras su muerte. Lleva como subtítulo: *Hechos extraños y gentes curiosas conocidas a lo largo de mis rutas por Oriente y Occidente*. Se trata de una galería de retratos de personajes extravagantes expuestos con un humor rebotante de ternura hacia esos crédulos de los que ella no forma parte. La joven no se siente impresionada por los universos misteriosos desde que entró en la clausura del Carmelo, donde su institutriz había tomado los hábitos. Las rejas y las cortinas negras tras las que las carmelitas se ocultaban a los ojos del público la fascinaban de adolescente. En la capilla del convento se oían las voces agudas de las mujeres entonando cánticos. Sin embargo, un día, la superiora la invita a entrar detrás de las rejas donde estaban enclaustradas las religiosas. Y allí, ¡gran decepción! No conoce a madonas de rostro angelical, sino a «buenas flamencas de mejillas sonrosadas, cuyas rollizas formas levantaban el escapulario de sayal, y en su jardín campestre, en lugar de lirios, ¡crecían coles! No hay que acercarse al misterio si uno quiere que su sortilegio subsista».²³

Acogida en Londres entre los adeptos de la Gnosis Suprema, la muchacha desentona en medio de aquellos espíritus etéreos que se alimentan con tres almendras y una naranja. Ella siempre come con buen apetito, produciendo el efecto de un ogro abominable, sin dejar de apoyar sus conversaciones teológicas con vigor. Así, un joven pintor le declara:

—Jesús vivía en un sueño. Decía cosas descabelladas, contrarias a toda evidencia; Dios no alimenta a las aves, muchas mueren de frío y hambre en pleno invierno..., y también muchos hombres mueren. No son los mansos de corazón los que conquistarán la tierra, sino los violentos.

—Al parecer, también conquistarán el cielo —responde Alexandra—. «El reino de los cielos está en tensión, y los esforzados lo arrebatan.» Está en el Evangelio de San Mateo.

—Jesús vivía en un sueño, pero era grande. ¡Ellos lo traicionaron! —se indigna el joven pintor.

—Siempre es así —replica la joven filósofa—. Todos los maestros fueron traicionados por sus supuestos discípulos; al no poder elevarse a la altura del maestro, lo hicieron bajar a su nivel.

*

En la austera casa victoriana, dan vueltas a las mesas para interrogar a los espíritus entre las volutas de tabaco e incienso, pero Alexandra es demasiado pragmática para tomar parte en las sesiones. La compañía de esas mentes inquietas, en busca de respuestas sobrenaturales, la divierte sobremanera. Se le antojan mucho más interesantes que las personas razonables que componen su familia.

Cuando digo que esos extravagantes me resultaban simpáticos, no significa que soñara jamás con tomarlos como modelo. Simplemente los miraba vivir sus fantasías, tan ingenuos, tan vanidosos, tan valientes en ocasiones, luchando contra los terrores secretos y misteriosos engendrados por sus extrañas creencias; los conocí asimismo conmovedores y patéticos, corazones tiernos avanzando a tientas en busca de simpatía y de afectuosa protección.²⁴

NACIMIENTO DE UNA PASIÓN

Durante su estancia en la Gnosis Suprema, Alexandra ha oído hablar de la Sociedad Teosófica, fundada en 1875 en Nueva York por Helena Blavatsky, Henry Olcott y William

Judge. Esta preconiza un sincretismo espiritual en el que se mezclan budismo, hinduismo y esoterismo. En la India posee una extensa propiedad para acoger a sus adeptos. Entre sus miembros ilustres figurarán el pintor Mondrian, el poeta inglés Yeats, el científico Thomas Edison, el editor Camille Flammarion...²⁵

La Sociedad Teosófica posee ramificaciones en todo el mundo, y Alexandra ve en ello la posibilidad de viajar y de ser acogida con facilidad. Después de Londres, decide instalarse en París. Su estancia entre los espiritistas se revela todavía más pintoresca. Se aloja en el bulevar Saint-Michel, en casa de una pareja, los Jourdan, cuya mujer se halla por completo sometida al marido, un gurú. Una noche de invierno en que Alexandra regresa tarde, encuentra a la joven y a su hijo de cuatro años encerrados en la cocina sin calefacción y temblando de frío. «Mi marido nos ha recluido para que no oiga lo que se dice en su reunión esotérica. Sobre todo, no lo moleste», implora la pobre madre. Alexandra, dividida entre la risa y la indignación, opta por esta última y abre bruscamente la puerta tras la que tienen lugar las invocaciones del maestro, a la luz de una vela y entre efluvios de incienso... Grita muy fuerte, escandalizando a los discípulos: «Jourdan, su mujer y el pequeño se están helando en la cocina, donde los ha encerrado. ¡Mañana tal vez hayan pillado una bronquitis!».

Numerosos adeptos se apiñan en las sesiones de espiritismo que preside Edmond Jourdan. Individuos frustrados, alucinados, inocentes, pseudoocultistas. «Aquellas invocaciones eran de una idiotez desconcertante. Santo cielo, me decía para mis adentros, ¿es posible que nos embrutezcamos a tal punto en el otro mundo? Para mí, la espiritualidad estaba a años luz de las manifestaciones de burlesca suficiencia de que allí hacían gala.»²⁶ Salta a la vista que los hombres, cualquiera que sea el país al que pertenezcan, difícilmente logran decidirse a

abandonar sus juegos de niños y renunciar a disfrazarse, concluye Alexandra con apenas veinte años, tal vez porque ella jamás ha participado en juegos de niños.

Abandonar este mundo de sufrimiento, emigrar a esferas de beatífica calma, tal es el deseo que la mayoría de los humanos alimentan, conscientemente o no, y si la puerta de los paraísos artificiales se abre a su alcance, para muchos la tentación de franquearla es grande. De ahí que se topen con el opio, el hachís, el peyote y otras drogas, al igual que con los grandes templos de las grandes religiones, los pequeños templos de las pequeñas sectas, el incienso, las cautivadoras sonoridades del órgano y las salmodias anestésicas.²⁷

Si bien dirige al mundo una mirada lúcida, y siempre cargada de humor, Alexandra no cierra la puerta a las visiones, a los sueños, a un mundo inmaterial y misterioso. No obstante, cree que las percepciones son fruto de causas personales, diferentes según los individuos. «Jamás salimos de nosotros mismos. Pensamientos, percepciones y sensaciones se hallan condicionados por la sustancia material de que estamos hechos. No puede haber evasión fuera de uno mismo ni evasión fuera del mundo en que se vive, dado que ese mundo no está fuera de nosotros, sino que está en nosotros.»²⁸

Para Alexandra, la revelación no procederá de la Sociedad Teosófica parisina, sino de un nuevo museo inaugurado en 1889: el Museo Guimet. La joven, a quien las sesiones de los ingenuos espiritistas del bulevar Saint-Michel ya no divierten, se pasa allí los días y experimenta el hechizo que emana de las innumerables estatuas de rostro impasible, budas dorados, figuritas de madera, tankas y mandalas. «¿Acaso todas esas cosas no estaban impregnadas de la energía sutil que, conscientemente o no, quienes las habían utilizado o venerado habían vertido en ellas al vincularlas a sus pensamientos?»²⁹

Una amplia escalinata de piedra guía al visitante hacia los misterios de Oriente, desde la India hasta China, de Vietnam a Camboya, de Nepal al Tíbet. La joven se demora en la rotonda de la biblioteca, sobre la cual vela un buda gigante y solitario, abandonado a sus meditaciones. «En esta pequeña estancia, llamamientos mudos escapan de las páginas que uno hojea. La India, China, Japón, todos los puntos del mundo que comienza más allá de Suez incitan a los lectores... Nacen vocaciones... La mía nació allí.»³⁰

En el París, ahora recuperado, de su infancia, la señorita David sigue las clases de sánscrito del profesor Foucaux. «Él fue el primero en hablarme del Tíbet, y por entonces poco podía imaginar el papel que ese país habría de desempeñar más tarde en mi vida.»³¹ Su camino se vuelve más nítido: en el plano espiritual, se ve atraída por el budismo; en el plano geográfico, será Asia. Siempre pragmática, Alexandra cree que podrá utilizar sus relaciones con la Sociedad Teosófica para ser acogida en la India. Como nació con estrella, en ese preciso momento recibe la herencia de una de sus tías.

HACIA LA INDIA

A finales del siglo XIX, para dirigirse a la India los viajeros embarcan a bordo de los primeros paquebotes transoceánicos, que zarpan de Marsella, la puerta del Oriente, atraviesan el canal de Suez, inaugurado en 1869, descienden por el mar Rojo y arriban a la zona sur de lo que se conocía como las Indias, colonia británica. Para Alexandra, ya no se trata, pues, de cruzar el mar del Norte, sino el océano Índico. Tiene veintitrés años.

Con el desarrollo de los paquebotes transoceánicos y la abertura del mundo a los viajeros en la segunda mitad del

siglo XIX, numerosas mujeres parten a la aventura. La estadounidense Fanny Stevenson abandona California con sus tres hijos en 1875 para ir a estudiar pintura a París; Flora Tristán, abuela de Gauguin, se dirige al Perú en 1833; en 1914, Karen Blixen establece una granja en Kenia; Isabelle Eberhardt comparte la vida de los tuaregs en los últimos años del siglo XIX; Alexine Tinné, rica heredera holandesa, se lanza a explorar las fuentes del Nilo en 1860 y halla la muerte en su intento de cruzar a solas el desierto del Sahara; la inglesa Margaret Fountaine, nacida en 1862, persigue su pasión por las mariposas observándolas a través de los cinco continentes. Al igual que tantas otras «aventureras con miriñaque».³²

Alexandra ha organizado con esmero su viaje, tal como hará a lo largo de toda su vida, con la ayuda de cartas de recomendación y sus relaciones entre miembros de la sociedad colonial. De hecho, lleva una carta destinada a Annie Besant, que dirige la Sociedad Teosófica de Adyar, no lejos de Madrás, en el estado de Tamil Nadu.

La joven, a quien horroriza la promiscuidad, ha pagado un alto precio para disponer de camarote privado. «Retiraron las pasarelas, largaron amarras, la sirena aulló y salimos del puerto hacia alta mar... Caía la noche, y las estrellas empezaban a asomar.»³³ A solas en el puente, Alexandra se aleja del mundo de los humanos para entrar en un ámbito donde el tiempo y el espacio ya no tienen el mismo valor. Se siente tan exaltada que ni siquiera le apetece bajar a cenar, y se queda toda la noche en el exterior, sumida en una especie de éxtasis. Es su primera noche bajo el cielo estrellado del Mediterráneo, que con tanta frecuencia cruzará en lo sucesivo, entre Marsella y Túnez. El aire fresco del amanecer la saca de su ensoñación.

La travesía dura dos semanas y transcurre sin tropiezos; hace buen tiempo y el mar se muestra clemente. Durante los

largos días bajo el sol del océano Índico, Alexandra lee el *Bhagavad Gita* y los *Upanishads*.³⁴ Y de pronto, una mañana, en el horizonte aparece una línea azulada, donde los cocoteros se mecen con la brisa: el barco se aproxima a Ceilán, colonia británica. Desembarca en Colombo, sin objetivo ni plan concretos, confiando en su intuición. Sin duda ya hace gala de notable aplomo, porque nadie osa importunarla. Se pasea en *rickshaw*,³⁵ visita los templos, donde las estatuas de gruesos budas pintarrajeados de amarillo la horripilan, tan distintos de los rostros hieráticos del Museo Guimet. Sin embargo, a diferencia de muchos viajeros apresurados, no extrae ninguna conclusión de ello: «Emitir un juicio sobre Ceilán, sobre sus religiosos y sobre su población laica, porque dos feas estatuas amarillas habían ofendido mi sentido artístico habría sido absurdo por mi parte. No cometí ese error [...]. Me proponía volver para contemplar a placer a gentes y cosas en el curso de una nueva y más prolongada estancia».³⁶

Impaciente por pisar suelo indio, toma un nuevo barco para cruzar el estrecho entre Ceilán y la India. Apenas zarpar el barco, el viento se agita y se levanta mar gruesa; los tres misioneros que viajan con ella gimen y vomitan en sus camarotes, un centenar de indígenas son encerrados deprisa y corriendo para que no los arrastren las olas y lanzan gritos desesperados.

El horror llegó cuando la población animal de las bodegas, tal vez expulsada de sus refugios por el agua que penetraba en ellas, invadió el salón y los camarotes. Hubo carreras de ratas enloquecidas y el lento deslizar de verdaderas capas de cucarachas, cochinillas y otros insectos. No tardó en quedar todo cubierto: la alfombra, la litera...; trepaban a lo largo de las cortinas y rebosaban por el lavabo, que habían llenado.

Ilumina esta escena infernal una vela que, oscilando en un candelabro, despide su tenue fulgor en el camarote devastado.

«Había acabado por caer en tal estado de doloroso aturdimiento que no tenía fuerzas para librarme de los insectos que se paseaban por mi cuerpo, así como de varias ratas curiosas que trepaban a lo largo del sillón para examinarme de cerca. Jamás, en toda mi larga vida de viajera, he vivido una pesadilla tan repugnante.»³⁷ Y que duraría toda la noche.

Al amanecer, el mar está en calma, el viento ha amainado y una visión reconforta a los mareados pasajeros: una playa de arena inmaculada. La costa india. Alexandra pisa por fin la orilla de sus sueños. La noche de espanto ya está olvidada. «En cuanto puse los pies en tierra firme, me sentí de nuevo vivaracha y llena de entusiasmo.» Sube al tren que debe conducirla a Madrás y, de ahí, a Adyar, y de inmediato pide un copioso desayuno, no un *breakfast* inglés, sino arroz y un plato de curri, a condición de que sea vegetariano. Los misioneros que la ven comer con tamaño apetito se quedan asombrados. Alexandra les aclara: «Me he encontrado mal durante la noche, pero se acabó y ahora tengo hambre». Lo cierto es que, para ella, ayer es ayer y solo cuenta la realidad del momento presente. ¿Para qué preocuparse por sensaciones pasadas? Es, pues, con toda su energía recuperada, su insaciable curiosidad y su buen humor como la joven desembarca en la propiedad de la Sociedad Teosófica.

La comunidad cosmopolita de Adyar fascina a Alexandra, que es alojada en el pabellón Blavatsky. Por la noche, todo aquel mundillo habla de teología y filosofía al pie de un baño de raíces gigantescas. «En ocasiones aparecían visitantes, cual aves de paso procedentes de diversos lugares del mundo, que se demoraban varios días o varias semanas en nuestro oasis, y sus charlas variadas y variopintas ilustraban de manera interesante la prodigiosa fertilidad de la mente humana en materia de cuentos de hadas y programas de aventuras espirituales.»³⁸

También allí conoce a numerosos iluminados, cuyo retrato pintoresco y siempre benévolo traza en *El sortilegio del misterio*:

una misionera babista cuya belleza fascina a todo el mundo,³⁹ incluida Alexandra..., un gurú europeo llamado Larsen, rodeado de doce efebos con toga blanca «que forman un escudo de pureza alrededor del maestro», el cual recita sus enseñanzas en tono convencido..., múltiples predicadores que arrastran tras de sí a un rebaño de frustrados que sueñan con la evasión. Una vez más, Alexandra tiene ocasión de comprobar las manifestaciones de la credulidad humana. «Como residían en la India, todos los habitantes de Adyar se creían yoguis. Todos “meditaban” siguiendo un método u otro, mezclando diversos métodos análogos o incluso contradictorios; no examinaban las cosas muy de cerca: “meditaban”, eso era lo esencial...»⁴⁰

Durante el año «en las Indias», Alexandra se dirige a Calcuta, a Benarés, a Bombay... Con vestido blanco, sombrero de ala ancha y velo para protegerse de los mosquitos, se codea con todos los círculos con la misma desenvoltura, ya se trate de indios eruditos y filósofos o de castas populares. Protege su salud observando estrictas reglas de higiene: jamás beber agua que no haya sido previamente hervida. Vigilar al cocinero y prohibirle que cocine con el torso desnudo, pues ha visto a algunos hombres preparar la comida mientras les caían gruesas gotas de sudor en el plato de arroz... Se desplaza con su cama de campaña y su ropa de cama personal.

Eso no ofendía a nadie, sino que, por el contrario, me granjeaba respeto. Nunca me cortaba a la hora de rechazar golosinas o cualquier otro manjar que me ofrecieran. «Me disculparán», les decía, «pero su manera de cocinar me parece desaseada, tocar los alimentos con los dedos es repugnante. Lavar el suelo con orina de vaca o cubrir el horno con bosta de vaca vuelve impuro cuanto cuece en él».⁴¹

En una sociedad donde la pureza y la impureza marcan a los seres humanos según su casta, las exigencias de Alexandra

son plenamente admitidas. Su robustez y juventud, así como las precauciones que toma, la protegen de las enfermedades, incluso con una temperatura de cuarenta y cinco grados.

Recorre el país en tren o en *tonga*, un pequeño vehículo de dos ruedas en el que el único pasajero se sienta con las piernas cruzadas en el mismo suelo, protegido por una pequeña sombrilla. Ha viajado hasta allí para conocer a los sabios anacoretas, que viven en la fresca sombra de los bosques. Sin embargo, en las postrimerías del siglo XIX descubrirá la India cruel de las castas y de las mujeres inmoladas, la India del hambre.

En el tren que la lleva desde el sur hacia el norte, observa en cada parada a los humanos descarnados, «esqueletos cubiertos de una piel morena que se les ha quedado demasiado grande», niños de vientre hinchado por el hambre que comen tierra y ya ni siquiera tienen fuerzas para llorar. «Una vez que los habías visto, no podías olvidar aquellas miradas desesperadas, te perseguían inexorablemente, y pese a los razonamientos que con toda lógica pudiera esgrimir para disculparme, un oscuro y tenaz sentimiento de culpa me embargaba siempre que ingería una comida.»⁴²

En 1891 hay cuatro millones de hambrientos en la India, para una población de trescientos millones de habitantes. El país se ve devastado por las hambrunas casi todos los años. Un drama al que se suman las epidemias. En el momento en que la señorita David se encuentra en Benarés, una grave epidemia de peste y cólera combinados azota la ciudad. Alexandra exige que su sirviente lave todos los días el suelo con desinfectante, y ella duerme bajo una mosquitera. El agua para su aseo es esterilizada, cosa que le granjea las burlas de los indios, hasta de los más eruditos:

—Los extranjeros son absurdos. La peste y el cólera se transmiten por el aire.

—Nada de eso, los responsables son los microbios —argumenta Alexandra.